

La historia sobre un caballo

Juan José Macías

La historia de mi vida es la historia de un caballo,
rucio caballo y súbito como un cielo de rápidos chubascos
que tenía el viento para guiarse,
que tenía un gran yunque para recomponerse;
que tenía, en una oda de Horacio, todo el campo aromando a la ciudad.
En aquel tiempo bueno la velocidad para las cosas quietas
dejó de ser una leyenda,
raudo caballo que desatinaba por anticipar sus patas delanteras al mañana
y que dejaba atrás su alma para esperarla casi al cabo de la vida
cuando no se puede más, cuando en verdad no se puede más.
Pero él era valiente, él era muy valiente.
Valiente como un partisano o como un niño que raya una pared.
Caballo que desordenaba su espíritu entre la flotante brizna del otoño
y admiraba la elocuencia del río
y los cantos rurales sucesivos a la caída de los frutos.
Oh, por todo ello, se le impregnaban de églogas los ojos.
Y él trotaba, trotaba sobre la línea delgada de la aurora,
recogiendo de arbustos y muchachas las prodigiosas humedades,
viviendo en intimidad con el acontecimiento de lo verde y la blancura.
Amigos, no me pregunten ahora qué fue de aquel caballo,
caballo rucio y súbito del que el sol pregonaba su sombra
por todas las orillas de la tierra
y era hermoso como un idioma que nos salva de ser mudos y sordos.
Ustedes dirán que era un caballo como otro, no el mágico Fallada,
tampoco el corcel de Odín de ocho patas y eso puede ser verdad,
y que además cometía acciones por completo redundantes
como ayudar a los gatos trepar a su maroma.
Rucio caballo y bueno que sabía crear cosas bellas en la oscuridad
y que cocinaba menestras para las madres muertas y los amigos perdidos
y un día encontró, entre las cosas ínfimas, una versión menor de él
y se sintió mejor.

Eso ocurrió tal vez cuando el tiempo lo impregnó de su olor a encerrado
y uno de sus presentimientos acudió puntualmente
a su cita a ciegas con la fatalidad
y no hubo en su recodo, ni en el mundo largo y ancho,
ninguna clase de amor excepto el calor vaporoso de la hornilla,
ningún cielo protector salvo su peso calculado en bronce.
O fue cuando el perdón, la piedad, el heroísmo,
esos fósiles reproducidos en yeso para su venta en los mercados,
cayeron desde sus más altos anaqueles
y espantaron por un momento la molicie del gato.
O fue cuando las palabras confesaron sus engaños
y no hubo más papeles de legista que el fuego en el que humeó
la inútil voluntad.
Imaginad, amigos míos, imaginad cuántos soles fabulosos
sonrieron a la posibilidad de copiarse en sus lomos,
de aquel caballo que un día se quedó a vivir entre las cosas quietas
para alentar las pobrecitas.
Imaginad, imaginad ese caballo.
Rucio caballo y combo que por sobre las cuestas de su vida
aún cometía acciones por completo reiteradas:
caballo que fraternizaba con la egregia migraña de las nueces
y escribió poesía para enorme solaz de la indiferencia general.